

**DEL ENTERRAMIENTO COLECTIVO
A LA TUMBA INDIVIDUAL:
EL SEPULCRO MONUMENTAL DE LA SIMA EN MIÑO DE
MEDINACELI, SORIA, ESPAÑA**

MANUEL ÁNGEL ROJO-GUERRA*, RAFAEL GARRIDO-PENA**,
GUILLERMO MORÁN-DAUCHEZ**, ÍÑIGO GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN**
Y MICHAEL KUNST***

Resumen: Se aborda el problema de la transición entre los rituales funerarios de tipo colectivo y las sepulturas individuales, en el Neolítico final – Calcolítico de La Meseta, en el marco del debate peninsular y europeo, pero especialmente a partir de los datos ofrecidos por la excavación del Túmulo de La Sima, Miño de Medina (Soria, España), que presenta una interesante secuencia funeraria, donde dicha transición puede detectarse con detalle. Se propone una lectura social de este proceso, según la cual el progresivo desarrollo de un excedente de producción a lo largo del Neolítico alimentó la gestación de incipientes diferencias sociales, que inicialmente fueron canalizadas dentro de los rituales colectivos megalíticos, pero que acabaron desembocando en la aparición de líderes durante el Calcolítico, que buscaban legitimar su posición con la reutilización de los monumentos del orden comunal anterior, pero segregando espacialmente su presencia de forma intencionada.

Palabras clave: Neolítico final, Campaniforme, Península Ibérica, ritual funerario, diferencias sociales.

*Area de Prehistoria, Universidad de Valladolid

** Arcadia. Instituto de Patrimonio Cultural. FUNGE. Universidad de Valladolid.

*** Deutsche Archaeologische Institut. Madrid.

Abstract. This paper deals with the problem of the transition from the collective burial rituals to the individual ones, in the Late Neolithic – Copper Age of the Iberian Meseta, in its Spanish and European theoretical debate framework, but especially studying the La Sima Burial Mound, Miño de Medina (Soria, Spain) excavation data, which presents an interesting funerary sequence, where this transition can be analyzed in detail. A social interpretation is proposed about the whole process, in which the economic development along the Neolithic produced increasing surpluses, that caused the emergence of social differences, that were initially integrated within the megalithic collective burial rituals, but finally ending in the emergence of political leaders during the Copper Age, which looked for legitimization reusing the previous communal Neolithic monuments, but with a clear intention of spatially segregating its presence.

Keywords: Late Neolithic, Bell Beakers, Iberia, Burial rituals, social differences.

“En el seno de cada sociedad el orden del mito excluye el diálogo: no se discuten los mitos del grupo, los transformamos creyendo repetirlos”,

C. Levi-Strauss

Este trabajo fue preparado para el III Congreso del Neolítico celebrado en Santander, y presentado como comunicación en dicho Congreso, sin embargo, y a pesar de haber sido inicialmente admitido para su publicación, por razones ajenas a nuestra voluntad, no ha aparecido finalmente en las actas recién publicadas.

Introducción

Uno de los fenómenos más característicos del final del Neolítico y la transición al Calcolítico en la Península Ibérica es la desaparición del Megalitismo y la progresiva implantación de los rituales funerarios individuales, primero en coexistencia con otros de tipo colectivo (cuevas, fosas, etc.), y luego, como forma de enterramiento casi exclusiva, desde la implantación del Campaniforme.

Ello no es en modo alguno exclusivo de la Península Ibérica, sino que se desarrolla igualmente en otros ámbitos de Europa occidental. Por esta razón ha sido objeto de múltiples interpretaciones, que coinciden en asociarlo con los cambios sociales y económicos que hacen surgir incipientes procesos de jerarquización social, a diferente ritmo según las características propias de cada uno de estos ámbitos. Todos coincidirían, sin embargo, en la desaparición de los rituales funerarios que buscaban reforzar la unidad del grupo, y en la aparición de tendencias indivi-

dualizadoras, más acordes con las pretensiones y ambiciones particulares de los incipientes líderes que se abrían camino entre las ruinas del viejo orden comunal.

No obstante, e incluso en fechas recientes, distintos autores insisten en cuestionar este punto de vista, y asocian la pervivencia de los ritos funerarios colectivos a lo largo del Calcolítico y buena parte de la Edad del Bronce en distintas regiones del interior peninsular, con la supuesta continuidad del orden social (Delibes y Santonja 1987: 191; Delibes y otros 1995: 60; Pavón 1991-1992: 79; Hurtado 1995: 68-71; Bueno y otros 2000: 71), siempre dentro de unos parámetros de pretendido igualitarismo, y modesto desarrollo económico y tecnológico. Sin embargo, y curiosamente, nadie ha osado interpretar en la misma línea los enterramientos con ajuarés argáricos descubiertos en diversas sepulturas colectivas megalíticas del Sureste, como Millares 28, El Llano de la Atalaya 6, Llano Manzano, Loma de Belmonte o en la necrópolis de El Barranquete (Lull 1983: 361; Chapman 1991: 269-271).

En este trabajo reflexionaremos en torno a estas cuestiones con la nueva información que ofrece la secuencia funeraria del Túmulo de La Sima, Miño de Medinaceli, Soria.

Los datos funerarios como objeto de estudio

Antes de entrar de lleno en el debate que la interpretación del registro arqueológico de este periodo ha generado, es preciso establecer las premisas teóricas y metodológicas en las que ha de ser desarrollado. Para ello trataremos, en primer lugar y brevemente, el problema del estudio de los rituales funerarios en arqueología, ya que según el enfoque teórico escogido las conclusiones variarán sensiblemente. A continuación abordaremos cuestiones terminológicas más concretamente relacionadas con el asunto de este trabajo.

La información que proporcionan los yacimientos funerarios ha sido objeto de interés prioritario por parte de los arqueólogos desde el comienzo de la disciplina, ya que ofrece una serie de ventajas respecto a la proporcionada por los lugares de hábitat (concentración de hallazgos, selección cultural del material, conjuntos cerrados desde el punto de vista cronológico, etc.) (Ruiz y Chapa 1990: 357). De su análisis se han obtenido datos para interpretar aspectos tan amplios y variados como el desarrollo y sucesión cronológico de las “culturas”, las diferencias de sexo y edad de los individuos, las estrategias matrimoniales, cuestiones demográficas, y especialmente en los últimos tiempos, las relativas a la jerarquización social (Alekschin 1983).

Para la arqueología tradicional constituyó una fuente de información vital en su obsesión por construir secuencias cronoculturales, y detectar movimientos migra-

torios o difusas influencias culturales. Al calor de la renovación teórica y metodológica experimentada por la arqueología desde mediados de los años 60 en los países del ámbito anglosajón, surgió lo que se dio en llamar la Arqueología de la Muerte (Chapman y otros 1981), como teoría de alcance medio construida para contrastar las hipótesis con el registro empírico. En el marco general de un funcionalismo derivado del evolucionismo multilíneal, los enfoques procesuales característicos de esta corriente teórica, consideran el registro funerario como un reflejo directo y fiel del mundo de los vivos. Desde esta perspectiva neopositivista, y aplicando técnicas cuantitativas apropiadas a ese ingente registro de información, se podían obtener inferencias acerca de diversos aspectos como la organización social de las sociedades, el grado de jerarquización, etc. (Binford 1971; Saxe 1970; Tainter 1978). Su aportación al estudio de los restos funerarios fue desde luego muy importante, transformando las técnicas de estudio y abriendo nuevas líneas de investigación que aportaron resultados muy valiosos.

Este paradigma teórico fue el dominante hasta la década de los 80, cuando la llamada arqueología “postprocesual”, conglomerado de enfoques diversos como el neomarxismo y el estructuralismo, cuestionó sus basamentos teóricos. Todos ellos coinciden en criticar el excesivo optimismo e ingenuidad de los enfoques procesuales, en el que incurren al pensar que existe una correspondencia directa entre las pautas funerarias y las formas de organización social, sin darse cuenta de que, como señala Vicent (1995: 15), los componentes de un contexto funerario no son el resultado aleatorio de la acumulación de residuos no intencionales de actividades cotidianas, sino el producto de secuencias deliberadas de acciones reguladas por pautas sociales específicas. En suma, valoran la dimensión intencional del comportamiento funerario, que contribuye a crear un orden social que legitima los intereses sectoriales de los grupos dominantes (Shanks y Tilley 1982; Miller y Tilley 1984; Tilley 1996: 216; Criado, 1989: 92).

Desde el punto de vista de la escuela neomarxista la función ideológica de lo funerario tendría su origen en las relaciones sociales de producción, pero no se limitaría a representarlas fielmente, sino que intervendría directamente en su reproducción, como parte integrante de ellas (Miller y Tilley 1984: 14; Vicent 1995: 27), aunque no exclusiva ni suficiente (Barrett 1991: 7). Como señala Parker Pearson (1982: 112), el simbolismo de la comunicación ritual no tiene que referirse necesariamente a las actuales relaciones de poder sino a una expresión idealizada de las mismas (Tilley 1996: 243). La ideología, tal como se manifiesta en las prácticas funerarias, puede mistificar o naturalizar esas relaciones de desigualdad entre grupos o clases a través del uso del pasado para legitimar el presente.

En este sentido Barrett (1988: 31) subraya que los rituales funerarios no reflejan pasivamente la estructura social, sino que son prácticas sociales llevadas a cabo por los vivos para renegociar sus relaciones de afinidad y obligación. El cuerpo y la forma en que es tratado es un poderoso medio simbólico para representar el tránsito entre la vida y la muerte, proceso durante el cual los vivos reconsideran sus legítimas aspiraciones a la posición social y la herencia.

En suma, parece claro que en la actualidad, tras la “segunda pérdida de la inocencia” como así bautizó Kohl en su día el surgimiento de los enfoques postprocesuales, no se puede seguir contemplando el registro funerario como un mero reflejo, nítido y fiel, de las estructuras sociales del pasado. Por contra, el investigador debe ser consciente de que se encuentra ante una información cargada de intenciones y significados, manipulada con la intención de desplegar las distintas estrategias ideológicas y sociales de los grupos humanos que construyeron las tumbas y realizaron y asistieron a los funerales cuyos restos hoy estudiamos. Es preciso, por ello, atender a la hipotética motivación que se halla detrás de cada enterramiento y de sus características concretas (ubicación, estructura, ajuares, tratamiento del cuerpo), dentro del marco social, económico y ambiental en el que todo ello tuvo lugar.

Enterramiento colectivo *versus* enterramiento individual

Antes de analizar con detalle la secuencia funeraria del Túmulo de La Sima en el contexto de la evolución de los rituales funerarios del Neolítico y Calcolítico peninsular, es preciso detenerse brevemente en ciertas consideraciones terminológicas, que resultan fundamentales para comprender la verdadera esencia del debate.

Se han publicado ya diversos trabajos que han intentado sistematizar la variada tipología del hecho funerario durante estas etapas de la Prehistoria (Zammit 1991; Andrés 1998). Desde luego, la muerte es siempre un hecho individual, y toda sepultura lo es, por tanto. Entonces, lo que distingue los enterramientos individuales de los colectivos es el lugar donde se realizan (Armendáriz y Etxeberria 1983), una estructura singular e individualizada en el primer caso y un panteón común en el segundo. No es en absoluto irrelevante el marco escogido para efectuar un enterramiento, ya que como señalamos anteriormente, el ritual funerario no es más que la expresión material de un discurso ideológico intencionado y activo, que trata de intervenir en las relaciones sociales y económicas.

Como señala Zammit (1991), quizás sería más preciso reemplazar el término sepultura colectiva, muy estático y descriptivo pero nada explicativo, por la noción más dinámica y general de “agrupamiento de muertos”, que expresa la voluntad manifiesta de poner juntos, en un determinado espacio sepulcral a muchos

cadáveres. Porque la clave es averiguar los motivos que impulsaban a aquellos grupos prehistóricos a reunir sus muertos en sepulcros comunes donde sus restos acabarían mezclándose.

Quizás, en esta misma línea argumental, pero insistiendo un poco más en el interés de explorar la intencionalidad expresa que existe en el hecho de mezclar a los muertos para crear un todo uniforme, la comunidad de los antepasados; sería más apropiado hablar de rituales integradores, como contraste y contraposición, con los individuales o segregadores.

Una sepultura individual segrega al fallecido del resto del grupo, lo destaca, lo singulariza, mientras que un sepulcro colectivo, por más que esté constituido por sucesivas inhumaciones individuales a lo largo del tiempo, sirve como marco integrador de los distintos individuos fallecidos dentro del grupo que lo construye y/o utiliza.

La propia dinámica de las tumbas colectivas, con la sucesiva deposición de distintos individuos en un mismo lugar a lo largo de diversas generaciones, y ciertos rituales diseñados en ese contexto (rituales secundarios), tienden a borrar la individualidad del fallecido, a diluirla en el grupo. Más que de rituales colectivos, podríamos hablar de rituales integradores, porque parecen buscar precisamente eso, mantener la unidad del grupo, eliminar, o al menos ocultar, las tendencias disgregadoras propias de los intereses parciales e individuales.

En este contexto terminológico, pues, a la hora de distinguir los rituales funerarios individuales de los colectivos no es tan significativo el número de cuerpos que se hallen en la estructura funeraria, sino el mensaje ideológico intencionado que se halla tras las características de su disposición y tratamiento, y tras la organización del espacio interior de la tumba. Así, por ejemplo, hay pequeños panteones colectivos que están compuestos por inhumaciones individuales, intencionadamente segregadas unas de otras, en ocasiones por medio de elementos estructurales (cistas, muretes, etc.), y en cualquier caso con una intención claramente individualizadora, donde se tiene buen cuidado en el mantenimiento de la integridad del cuerpo y sus ajuares personales. Este es el caso de la estructura campaniforme de La Sima (Fase III), así como de otros hallazgos muy conocidos del Calcolítico peninsular como ciertas tumbas de la necrópolis megalítica de Los Millares, o incluso algún descubrimiento reciente en La Meseta de gran interés, como la necrópolis toledana de cuevas artificiales del Valle de Las Higueras (Bueno, Balbín y Barroso 2000).

Es preciso estudiar con detalle las características del ritual funerario, la organización del espacio sepulcral y el tratamiento del cuerpo, porque son la clave que permite realizar una aproximación al discurso ideológico que intentaba plas-

marse en cada modalidad funeraria. Discurso ideológico que encuentra su explicación en el cambiante marco económico y social de este proceso, que arranca en la madurez del Neolítico (al menos desde finales del V milenio cal AC) y parece acelerarse durante el Calcolítico (sobre todo desde mediados del III milenio cal AC).

No resulta casual que se constate en diversas regiones de Europa occidental, y con mayor claridad durante el fenómeno megalítico, la intención de reforzar y apuntalar ideológicamente la integridad del grupo, su indisoluble unidad, con la construcción de grandes sepulcros colectivos. La raíz de este comportamiento estaría precisamente en la crisis de los sistemas sociales e ideológicos neolíticos, como consecuencia de las tendencias disgregadoras que introdujeron los cambios económicos asociados con la consolidación y desarrollo de las economías productivas (mayor excedente, competencia por su control y gestión). Así, tanto énfasis en lo comunal podría reflejar precisamente una voluntad de reafirmación, especialmente necesaria en un momento en el que todo ello comenzaba a estar en peligro (Criado 1989: 91). Un proceso de este tipo es el que parece detectarse en el estudio de la secuencia megalítica de algunas regiones del interior peninsular como La Lora burgalesa (Delibes y Rojo 2002: 31-33).

Los ritos funerarios durante el Neolítico y el Calcolítico y su contexto social

Por todo ello, no creemos que sea casual la evolución de los rituales funerarios desde manifestaciones colectivas o integradoras, propias de la madurez del Neolítico, hacia los de tipo individuales o individualizadores, desde comienzos del Calcolítico, con las excepciones propias de los variados desarrollos locales. Detrás de un fenómeno tan claro y recurrente sólo puede encontrarse una transformación económica y social de gran envergadura, el desarrollo de los sistemas económicos neolíticos (excedentes de producción e intercambios), y el consiguiente comienzo del proceso de surgimiento de la jerarquización social.

Estas transformaciones de unas economías neolíticas ya maduras, se verían notablemente aceleradas, desde mediados del IV milenio cal AC, con el impacto que produciría la llegada de los elementos tecnológicos propios de la “revolución de los productos secundarios” (Sherratt 1981). El reto que todo ello planteó a las estructuras sociales de los grupos neolíticos fue muy importante, por lo que, según muchos autores, la reacción lógica fue la proliferación de complejos rituales que implicaban a toda la comunidad y que incidían en la cohesión material y espiritual del grupo. Las tumbas megalíticas se erigían en marcadores territoriales de las sociedades segmentarias (Renfrew 1973a: 159), a través de los cuales estas comunidades agrícolas expresaban su relación de propiedad con la tierra. Como señala Renfrew (1973b), a

medida que el proceso de cambio social y económico se desarrolla, acentuándose la jerarquización interna en estos grupos, sus ritos funerarios se transforman, desde las expresiones comunales de la identidad en forma monumental, hasta la adopción de estilos de enterramiento que enfatizan el prestigio individual de los fallecidos.

Resultan particularmente importantes los rituales secundarios en los enterramientos colectivos, ya que el tratamiento del cuerpo de los fallecidos fue un poderoso medio para reforzar el mensaje ideológico que se quería expresar en ellos. El cuerpo ha sido en todas las sociedades una fuente primaria de simbolismo, pues actúa como el canal natural que conecta el yo con el mundo exterior. El uso cultural del cuerpo proporciona una parte importante de la construcción cultural de la realidad, un variado conjunto de posibilidades metafóricas de comunicación no verbal. Así, el cuerpo se convierte en metáfora de la sociedad (Tilley 1996: 239).

Como señalan diversos autores (Thomas 1991a: 119-120 y 185; Tilley 1996: 334), los megalitos se utilizarían para convertir a los muertos, en tanto que cuerpos articulados, en antepasados, ya desarticulado su esqueleto, y disuelta su individualidad en el grupo. A través de este proceso el cuerpo se transforma en un producto cultural, un artefacto para ser utilizado y manipulado como una cerámica o un hacha. Así, los esqueletos individuales quedarían integrados en el cuerpo social representado por la masa de huesos que contenía el interior de las cámaras (Tilley 1996: 241-243).

Con ello las diferencias sociales expresadas en vida, en términos de edad, sexo y estatus se suprimirían. Es la identidad colectiva más que la individual la que se afirma en la muerte. Los cuerpos de los hombres, mujeres y niños se mezclan y ya sólo tiene importancia su identidad social común. Pero todo ello, en modo alguno reflejaría la realidad social del Neolítico, un campo de lucha competitiva entre los individuos y los grupos, sino que estaría plasmando un ideal político de cómo debía ser la vida, de cómo el grupo social debía comportarse. El ideal que se expresaba es el del total consenso del grupo, lo comunal (Idem: 243).

Por ello, como indica Tilley (Ibídem) la repetición era un factor esencial de la política en el Neolítico. Añadiendo huesos se incrementaban lentamente las estructuras de autoridad relacionadas con su conocimiento. Las ceremonias que tendrían lugar fuera de la tumba, serían, pues, eventos cíclicos, que incluirían canciones, danzas, fiestas y sacrificio de artefactos a los poderes ancestrales, cuya preparación debió durar varias semanas o meses, lo que supone una inversión muy grande de tiempo y trabajo.

Existen múltiples testimonios en el registro arqueológico del megalitismo peninsular y europeo, relacionados con todos estos rituales secundarios. A pesar de

ello, no siempre resulta fácil identificar este tipo de prácticas funerarias. La sola acumulación desordenada de restos humanos no constituye necesariamente un enterramiento secundario, sino que puede explicarse por muchos otros factores, que se resumirían en la alteración del depósito funerario, ya sea por la remoción de restos para habilitar espacio para nuevas deposiciones en la misma época de uso del sepulcro colectivo, o en violaciones diversas a lo largo de la prolongadísima vida del monumento. Esta confusión sigue presente en algunos trabajos recientes (Bueno, Balbín y Barroso 2000: 69).

Sólo si se dan unas excepcionales condiciones de conservación del depósito funerario es posible identificar este tipo de tratamiento de los restos humanos, que no en vano, ha sido calificado en ocasiones como un auténtico “culto a los muertos”. En tal sentido cabría interpretar las deposiciones selectivas de restos humanos halladas en algunos dólmenes europeos y peninsulares, en los que se detectan, muchas veces gracias a la conservación excepcional del relleno funerario original, acumulaciones organizadas de huesos humanos, como cráneos o huesos largos, dispuestos de acuerdo a una lógica ritual, en relación con la propia arquitectura interna del sepulcro.

Así, en el dolmen escocés de Clachaig los huesos largos se sitúan junto a los laterales de la tumba y los cráneos al fondo de la cámara (Jones 1999: 347), y en diversos megalitos escoceses del grupo de Orkney-Cromarty se hallaron huesos formando una pila, coronados por un cráneo, así como cráneos alineados en los lados de la cámara, unos frente a otros mirando hacia el centro de la misma (Reilly 2003: 137 y 141). Un ejemplo muy similar lo encontramos en el dolmen vizcaíno de Las Campas de la Choza, donde gracias a la caída o inclinación de una laja, se pudo documentar en uno de los lados de la cámara la alineación de varios cráneos en dos hileras paralelas (Apellániz, Llanos y Fariña 1968: figuras 3 y 4). También en el dolmen burgalés de Las Arnillas (Delibes, Rojo y Sanz 1986: 16), se documentaron dos auténticos enterramientos secundarios, de tipo individual, formados por huesos largos, que se apilaban sobre las vértebras y la pelvis, y todo ello, a su vez, sobre el cráneo; así como un agrupamiento de trece cráneos en menos de la mitad de un metro cuadrado en el testigo del corredor. En otros megalitos burgaleses de La Lora se conocen igualmente testimonios de estas prácticas, como los dos cráneos que se hallaron juntos en La Cabaña, o la acumulación de huesos largos que apareció en un rincón de la cámara de San Quirce (Delibes y Rojo 2002: 30).

Hay incluso testimonios de la posible circulación de huesos humanos como reliquias, como el puñal realizado sobre una tibia humana que se halló en el dolmen de Las Arnillas (Delibes, Rojo y Sanz 1986: 18 y figura 9: 1), la mandíbula y calota craneana descubiertos en el poblado correspondiente a unos dólmenes inmedia-

tos en Viña de Esteban García, en el valle del Tormes (Delibes y otros 1997), o la espátula realizada sobre un radio humano procedente del megalito vallisoletano de Los Zumacales, Simancas (Delibes y Paz 1999).

No se trata, pues, de una mera reducción de restos, por más que la necesidad de habilitar espacio para situar nuevos enterramientos pueda ser el motivo original de estas prácticas. Parece como si se pretendiera convertir los diversos cuerpos de los fallecidos en un solo cuerpo, que representaría de forma simbólica a los antepasados. El ejemplo extremo de esta intención ritual lo tendríamos en las tumbas cale-ro del Valle de Ambrona, en las que la individualidad de cada cuerpo queda transformada de forma expresa en un amasijo de cal, uniforme y blanco, el mismo color de los huesos (Rojo, García, Garrido, Morán y Kunst, 2005). Los restos forman entonces un todo unificado, orgánico, que funciona desde entonces como potente símbolo del poder y la omnipresencia de los antepasados en el paisaje, así como del orden social sobre ellos edificado (Morán, 2005).

Todas estas prácticas funerarias que tenían como finalidad la afirmación de la unidad indisoluble del grupo, intentaban camuflar las incipientes diferencias sociales que, poco a poco, se abrían camino dentro de las rígidas estructuras de poder de las sociedades neolíticas (Criado 1989: 91), a medida que el desarrollo de la agricultura y la ganadería generaba crecientes excedentes, cuya gestión requería estructuras políticas cada vez más complejas. La segregación de algunos cuerpos, que se disponían en el interior de cistas, o la concentración de los ajueres funerarios en torno a algunos individuos, que se documentan en algunos enterramientos colectivos, podrían estar reflejando los comienzos de este proceso. Con ellos se intentaría dar una salida a estas tendencias individualizadoras de la dinámica económica y social, que no pusiera en peligro la unidad esencial del grupo, representada por el panteón común.

Pero el desarrollo de este proceso desembocaría finalmente en la disolución de las estructuras políticas e ideológicas comunales neolíticas, y en el surgimiento de nuevas estructuras de poder, en las que el liderazgo personal y la lucha abierta por el control y gestión del excedente de producción serán los protagonistas. La secuencia evolutiva de este proceso ha sido objeto de múltiples trabajos teóricos, que sería imposible describir con detalle aquí, pero que, con diferentes denominaciones y desde variadas perspectivas han intentado analizar el surgimiento y evolución de las sociedades complejas.

En definitiva, se trata de estudiar el proceso por el cual determinados personajes de la sociedad comienzan a apropiarse del excedente de producción, construyendo estructuras políticas que legitimen tal proceder. Al principio éstas son muy débiles, y los liderazgos notablemente inestables, por lo que han de ser reforzados

por medios muy diversos, como el control de los sistemas de intercambio para obtener elementos de prestigio, la manipulación del pasado como medio legitimador, la redistribución, etc. Son los conocidos en la bibliografía antropológica como sistemas de tipo Big-Men, propios de las sociedades aún igualitarias. Pero, poco a poco, estos liderazgos se van estabilizando hasta que surgen las jefaturas, en las que el estatus y poder ya no se consigue, se hereda, aspecto clave que distingue a las sociedades jerarquizadas de las igualitarias (Berreman 1981: 9; Hayden 1995: 63).

Sin embargo, la realidad es mucho más compleja, tanto en el registro antropológico como arqueológico, y existe una amplísima variedad de estructuras sociales que, sin ser ya igualitarias tampoco están plenamente jerarquizadas, y que no encajan, por tanto en las tipologías sociales más conocidas (Berreman 1981). Para toda la amplia gama de posibilidades existentes en esta situación Hayden (1995) propone el término de “transigualitarias”, categoría también divisible según los distintos grados de consolidación del liderazgo.

Este tipo de sociedades serían las que mejor encajarían con el registro arqueológico del Neolítico Final – Calcolítico del interior peninsular. Es decir, unos sistemas que, recién surgidos de la disolución de las sociedades igualitarias, propias de los comienzos del Neolítico, en las que las diferencias sociales se articulaban sobre la base de los distintos grupos de edad y sexo; comienzan a mostrar el surgimiento de luchas por el control de los excedentes de producción, que generan tensiones y efímeros liderazgos, que han de ser constantemente legitimados, y que no consiguen implantar de forma consistente aún la herencia del poder.

En ese contexto social y económico surgiría en Europa occidental el fenómeno campaniforme. Desde los trabajos pioneros de Clarke (1976) se viene interpretando como el resultado de la distribución de una serie de elementos de prestigio (cerámicas y objetos acompañantes) de alto valor social y simbólico, a través de las redes de intercambios establecidas entre los distintos líderes de los grupos con el fin de reforzar su posición social aún muy inestable. Llevan consigo toda una nueva forma de entender el poder y las relaciones sociales, más centrada en el individuo, su apariencia externa y sus pertenencias, que en el grupo y sus valores comunes. El reflejo que esta transformación tiene en el registro funerario es la desaparición de todo el complejo ideológico y social que estuvo vigente durante el Megalitismo, y la generalización de los enterramientos individuales, y la extensión de nuevas costumbres funerarias, en las que el cuerpo humano recibe un tratamiento y consideración completamente diferentes.

Ahora los cuerpos se entierran de una vez para siempre, sin ser descarnados ni permanecer accesibles en una estructura construida, preservando así su integridad individual, con las consecuencias rituales y sociales que todo ello tiene. Si la tumba

no iba a ser abierta de nuevo para introducir nuevos enterramientos, el mensaje que los familiares del fallecido querían transmitir al resto de la comunidad debería ser claramente expresado en el funeral, pues ahora se trataba de un evento único e irreplicable, que debía ser “leído” a través del cadáver y su ajuar, por lo cual los objetos tenían que ser adecuadamente seleccionados para que todo fuese interpretado en la forma deseada (Thomas 1991a: 129; 1991b: 34-35). Si en los sepulcros megalíticos la tumba es el núcleo principal del ritual funerario, la referencia constante para los cíclicos rituales funerarios, con el Campaniforme el foco de interés parece desplazarse al cuerpo del fallecido y los objetos que lo acompañan y distinguen, que son cuidadosamente seleccionados (Garrido 2000: 34-35 y 66).

En el caso concreto de la Península Ibérica, y en particular en La Meseta, las evidencias proporcionadas por el registro arqueológico parecen confirmar plenamente estas hipótesis, con la plena y definitiva generalización de los enterramientos primarios relacionada con la difusión del Campaniforme, y la consiguiente desaparición de los rituales colectivos o integradores. Y ello tiene lugar tanto con la implantación de estructuras funerarias propias, como con la reutilización de los sepulcros colectivos anteriores, especialmente los megalíticos.

Tradicionalmente se interpretó este fenómeno de las “intrusiones” campaniformes en los megalitos, como el testimonio de la llegada de un nuevo pueblo, que implanta sus fórmulas funerarias (fosas simples), y en ocasiones profana las tumbas de los grupos locales que antes vivieron allí, marcando así su distanciamiento de ellos. Desde hace unos años, la progresiva multiplicación de hallazgos campaniformes en sepulcros megalíticos, y la documentación de fosas simples precampaniformes han modificado sustancialmente esta visión. Así, se puede afirmar que el uso de los megalitos en época campaniforme no fue marginal, sino importante, e incluso que fue la fórmula funeraria preferida en las regiones de mayor raigambre megalítica, lo cual ha sido analizado en términos de continuidad étnica (Delibes y Santonja 1987). Pero este hecho no debe ser interpretado, a nuestro juicio, y como se observa en diversos trabajos recientes, en términos de continuidad del orden social.

Ahora que la visión tradicional de La Meseta como un espacio casi despoblado y deudor de los impulsos venidos de la periferia peninsular parece superada, parece sustituirla otra que supone que, a lo largo de la Prehistoria reciente, no se desarrollaron transformaciones significativas en las estructuras sociales y económicas de los grupos humanos que la habitaron, prolongando así una suerte de excepcionalidad retardataria, quizás sucesora de los más rancios enfoques tradicionales.

El hecho de que se sigan utilizando los mismos espacios para depositar inhumaciones no implica necesariamente que se haga de la misma forma. De hecho, el análisis detallado de unos y otros contextos, por ejemplo en el Túmulo de La Sima,

muestra la existencia de grandes diferencias, a partir de las cuales cabe deducir que no se trata de un testimonio de continuidad del orden económico y social, sino al contrario, una muestra de las profundas transformaciones experimentadas en el transcurso de todo el proceso.

En primer lugar, y como es bien sabido, resulta indudable que en época campaniforme ya no se construían megalitos, sino que sólo se utilizaban. Ello resulta de crucial importancia a la hora de valorar esa supuesta continuidad social e ideológica antes mencionada, ya que, como han subrayado todas las recientes interpretaciones del Megalitismo, el desarrollo de un trabajo comunal de semejantes dimensiones cumple una función social específica muy significativa, el mantenimiento de la integridad del grupo y su organización social (Mohen 1980). Por tanto, de la desaparición de estas grandes empresas colectivas cabría deducir también la del orden social que las daba sentido.

Además, la utilización campaniforme de los dólmenes suele desarrollarse mayoritariamente o bien en zonas marginales del monumento, no destinadas para la disposición de enterramientos (por ejemplo en el túmulo), o bien se separa intencionadamente del depósito funerario anterior (losas caídas, construcción de estructuras propias, aprovechando el material constructivo del monumento, etc.).

En definitiva, parece que los megalitos se utilizaron en época campaniforme para fines bien distintos de los programados por sus constructores neolíticos, porque también era distinta la coyuntura social, económica e ideológica entonces existente. Pero, en una etapa de conflicto y lucha por la afirmación del liderazgo, y en el marco de unas estructuras políticas aún muy incipientemente jerarquizadas, el recurso a la legitimación simbólica del pasado resultaba especialmente útil.

El Túmulo de La Sima, interpretación de la secuencia funeraria

Se localiza al pie de las estribaciones más septentrionales de Sierra Ministra, en la margen izquierda del Arroyo Madre, subsidiario del río Bordecorex, aunque toma su nombre del recurso acuífero más característico y próximo, una laguna hoy activa, a menos de 100 m. del yacimiento. Su ubicación proporciona al emplazamiento del sepulcro un amplio dominio visual sobre las entradas al Valle de Ambrona por el Noreste y el Este (Fig. 1).

En el marco del Plan Integral de Actuación en el Valle de Ambrona se excavó este yacimiento en tres campañas (1999, 2000 y 2001). Del estudio detallado de toda la ingente y compleja información recuperada se ha podido establecer la siguiente secuencia funeraria (Rojo, Kunst y Palomino 2002: 33-36; Rojo, Morán y Kunst 2003).

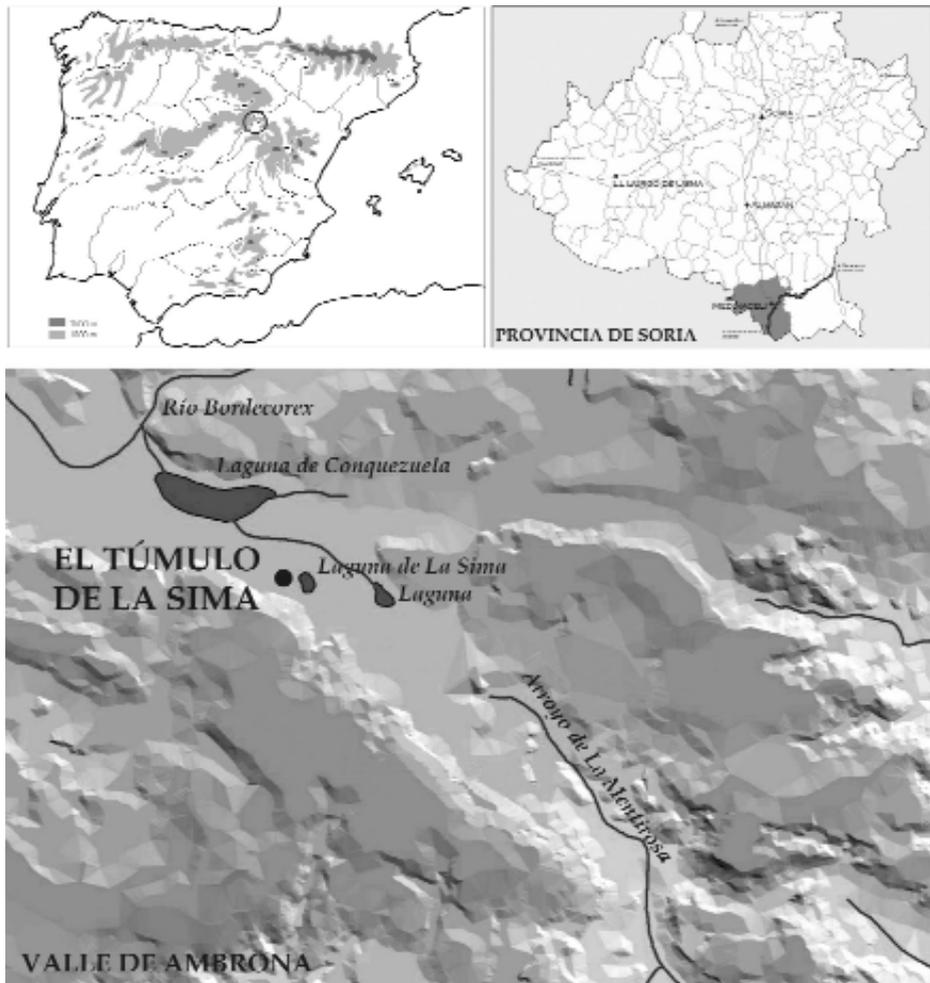


Fig. 1. Localización del Valle de Ambrona y del Tumor de La Sima (Miño de Medina, Soria)

SIMA I. PRIMERA FASE DE UTILIZACIÓN: LA “TUMBA-CALERO”

La historia de esta tumba monumental arranca con la creación de una primera estructura funeraria, ubicada sobre un pequeño promontorio natural o aterrazamiento, que realza visualmente su presencia en el paisaje del entorno. Consistía en un panteón colectivo de uso diacrónico albergado en una estructura pétreo de plan-

ta aproximadamente circular. Después de su utilización durante un tiempo, el sepulcro fue clausurado mediante su destrucción sistemática e intencionada con un incendio ritual cuidadosamente planeado, que redujo la estructura pétreo a cal viva. En suma, se trata de un ejemplo más de lo que hemos denominado “tumbas-calero” (Rojo 1999; Rojo y Kunst 1999a; Rojo, Kunst y Palomino 2002) (Fig. 2: 1ª Fase A y B).

El proceso de clausura enmascaró por completo las características de la estructura original, por lo que éstas deben ser deducidas a partir de la comprensión de dicho proceso, no sólo en este yacimiento sino también, y sobre todo, en el bien conocido ejemplo de La Peña de La Abuela (Rojo y Kunst 1999a; Rojo, Kunst y Palomino 2002: 29-33). El análisis del mismo nos permite concluir que muy probablemente se trataba una estructura tipo *tholos*, con planta aproximadamente circular, vano de acceso a ras de suelo, y fábrica de mampostería de bloques y lajas de piedra caliza a hueso, con remate en falsa cúpula por aproximación de hiladas (Fig. 2: 1ª Fase A).

A continuación explicaremos brevemente las principales conclusiones de nuestro estudio de este tipo de tumbas: La cal es, siempre, un producto antrópico, resultante de someter la piedra caliza (CaCO_3) a altas temperaturas, provocándose su deshidratación o pirolisis, hasta producir cal viva (CaO), que posteriormente se apaga rehidratándola, con lo que se convierte en un fluido de consistencia magmática, a muy alta temperatura. Con posterioridad al apagado, la costra de cal resultante sufre un proceso paulatino de solidificación y compactación.

El hallazgo de una costra de cal en el nivel de base del Túmulo de La Sima, sobre la que se apoya la tumba tipo *tholos* perteneciente a la segunda fase de utilización de este espacio funerario, es argumento suficiente para concluir que allí se construyó y se quemó *in situ* una tumba calero (Rojo, Kunst y Palomino 2002: 33-35; Rojo, Morán y Kunst 2003: 174-176). No en vano, se ha documentado un nivel de incendio, correspondiente con el nivel funerario del sepulcro, y claras señales de termoalteración en la tierra subyacente, así como en el material arqueológico que contenía y en los bloques pétreos del túmulo más próximos al área en que debió ubicarse la primitiva estructura. Pero no se pudo documentar resto estructural alguno del arranque de este *tholos* primitivo, lo que sugiere que su pirolisis fue completa.

El hecho de que la cal se produjera *in situ* indica que la propia estructura destinada a albergar el osario, pudiera servir como calero, lo cual exige unas condiciones muy concretas. Han de respetarse una serie de normas en su construcción, de obligado cumplimiento si se quiere llegar a producir cal. Los bloques calizos empleados no pueden tener un grosor importante, ya que el calor sólo afectaría a la superficie externa. Además, no deben estar trabados con argamasa, ya que ello reduciría

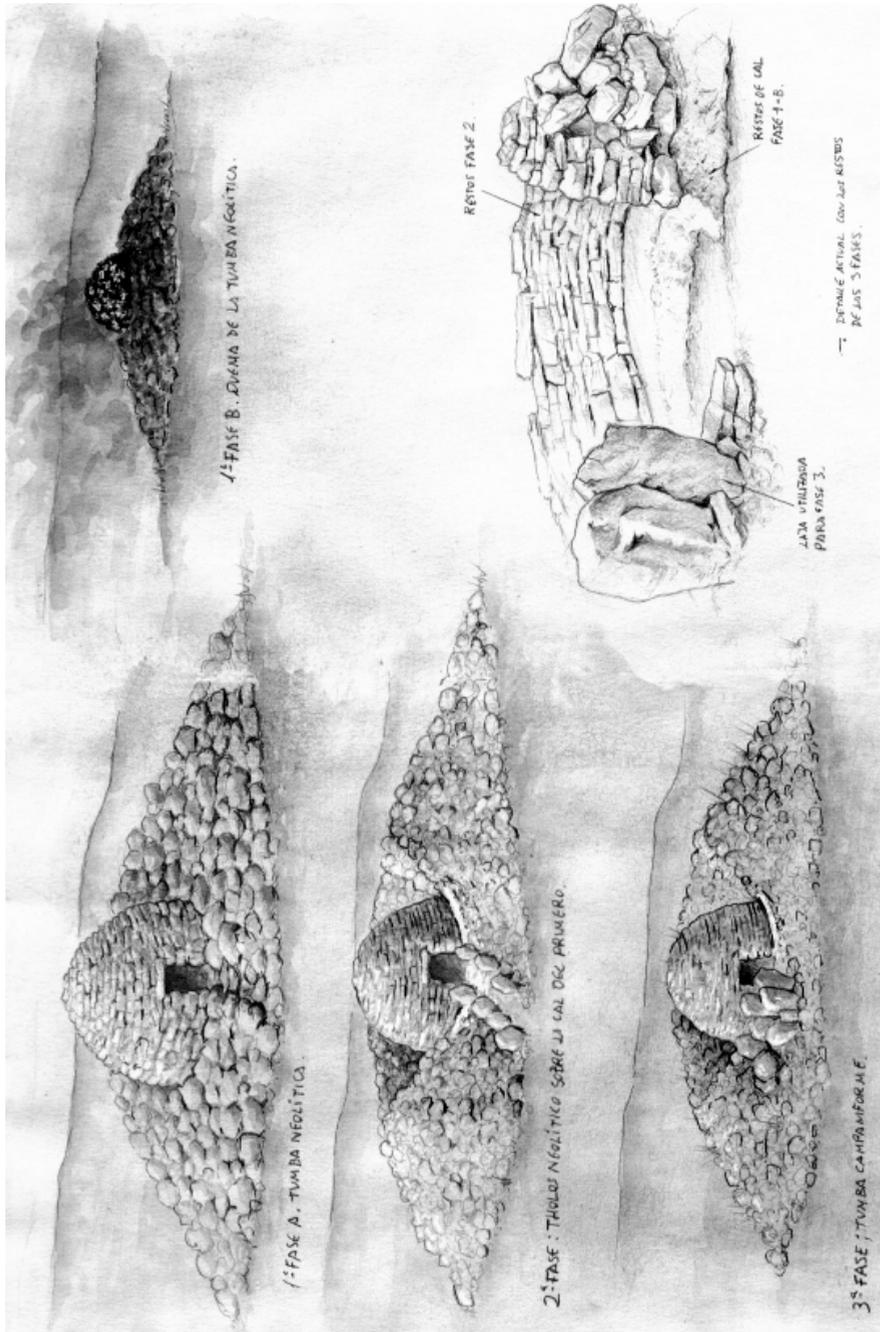


Fig. 2. Recreación de las distintas fases de utilización del Túmulo de La Sima

la superficie expuesta a la acción térmica, mermaría la oxigenación de la estructura necesaria para su adecuada combustión (Rojas y Moraleda 1987a y 1987b). Además, la cubierta no podía ser adintelada ni contar con sustentos de madera. La cúpula por aproximación de hiladas es la única solución constructiva que permite conservar el calor dentro de la estructura permitiendo la oxigenación y tiro necesarios para la combustión. También es el único tipo de estructura que, cumpliendo las dos condiciones anteriores, se sostiene durante el incendio, a diferencia de lo que pasaría si se adoptara otra solución sostenida mediante elementos xílicos, cuya combustión provocaría el rápido desplome de tal cubierta.

De ello se deduce que la fórmula más realista para ofrecer una reconstrucción del aspecto original de la primera tumba del Túmulo de La Sima es la de un *tholos* (Fig. 2: 1ª Fase A). Tipo constructivo que, además, es el empleado en la siguiente fase (Sima II), cuando sobre la costra de cal del incendio de esta primera estructura se construye otro sepulcro (Rojo, Kunst y Palomino 2002: 35-36; Rojo, Morán y Kunst 2003: 178) (Fig. 2: 2ª Fase). Dada la complejidad del proceso y su dificultad técnica, parece razonable pensar que tal estructura se construyó expresamente con la intención de efectuar este complejo ritual de clausura, ya que se respetaron todas esas condiciones en su construcción.

Resulta muy difícil establecer las dimensiones que esta tumba pudo tener antes de su destrucción, aunque debieron ser considerables a juzgar por el ingente volumen de cal detectado durante la excavación. Atendiendo a la distribución del material arqueológico contenido en el nivel funerario y de incendio, pensamos que este primitivo *tholos* debía presentar un diámetro de unos 5'4 m., lo cual resulta espectacular, dado que la altura total de la estructura debió ser próxima a tal diámetro.

Dado que la costra de cal recubría parcialmente el túmulo dispuesto sobre él, ello nos permite inferir que el *tholos* estaba abrazado por éste antes del incendio y, probablemente, desde el momento de su construcción, ya que pudo funcionar como contrafuerte para asegurar la estabilidad de una tumba de tales dimensiones. También debió actuar el túmulo como aislante térmico durante el incendio, minimizando las pérdidas de calor y creando un tiro de aire en la parte superior, de la misma manera que lo hiciera el parapeto de material perecedero documentado en La Peña de La Abuela (Rojo y Kunst 1999a: 15; Rojo, Kunst y Palomino 2002: 32).

Por otra parte, el hecho de que la costra de cal cubriera asimismo parte del empedrado de lajas de areniscas que recubría el túmulo, indica que dicho empedrado pertenece a esta primera fase. Tal revestimiento no parece cumplir función constructiva alguna, sino que más bien cabe pensar que se trate de un elemento simbólico basado en el efecto del contraste cromático de la arenisca (granate oscuro) con la

caliza que conformaría el *tholos* primitivo (blanco) (Rojo, García, Garrido, Morán y Kunst, 2005). La coraza tumular es de planta aproximadamente circular (entre 20 y 25 m. de diámetro). La altura máxima documentada es de 1'80 m., aunque no debe descartarse que en origen fuese mayor, al haberse visto reducida con el hundimiento de la estructura tras su incendio.

El material arqueológico recuperado durante la excavación de este nivel funerario resulta exiguo, ya que no se pudo acceder a su totalidad, pues estaba cubierto por el perímetro del *tholos* de la segunda fase, y se había visto afectado por una zanja de violación. Se trata de restos óseos muy fragmentados, que presentan evidentes signos de termoalteración, alguno de los cuales muestra, sin embargo, evidentes indicios de conexión anatómica, que se concentran en dos áreas, por lo que podríamos identificarlos como otros tantos individuos. El ajuar funerario consiste básicamente en industria lítica sobre soporte laminar, entre la que destacan los microlitos geométricos (triángulos, trapecios, y en menor medida segmentos) (Alegre, 2005), industria ósea (el extremo proximal de una espátula votiva), y un par de hachas pulimentadas (Rojo, Morán y Kunst 2003: figura 2) (Fig. 4).

En suma, los materiales arqueológicos recuperados sitúan esta primera fase en momentos avanzados del Neolítico (Neolítico Medio en terminología tradicional), lo que se ha visto confirmado por las fechas de C14 obtenidas de diversos fragmentos de carbón hallados en el nivel funerario de esta fase: **Bln 5349.** 5048±27 BP (3940-3850 cal BC), **Bln 5362.** 5308±31 BP (4230-4180 cal BC), **Bln 5363.** 5082±31 BP (3950-3910 cal BC), **Bln 5376.** 5001±32 BP (3900-3880 cal BC), **Bln 5377.** 5303±34 BP (4230-4190 cal BC), **Bln 5378.** 5068±33 BP (3950-3900 cal BC). Fechas que, por otra parte, resultan muy coherentes con las obtenidas asimismo en otras tumbas calero como La Peña de La Abuela, o el Miradero (Delibes y Etxeberria 2002: 44).

SIMA II. SEGUNDA FASE DE UTILIZACIÓN: ESTRUCTURA TIPO *THOLOS*

Se trata de una estructura de planta aproximadamente circular, construida a base de hileras de bloques y lajas de piedra a hueso, rematada en falsa cúpula por aproximación de hiladas, construida tras la clausura ritual de la primera tumba (Sima I), sobre el cráter que formó la costra de cal resultante de su incendio (Fig. 2: 2ª Fase). Es, también, un panteón colectivo de uso diacrónico, si bien muchas de las evidencias que presenta lo hacen diferente del primero al que nos hemos referido.

El espacio sepulcral aparece contenido entre los restos de un muro construido mediante lajas de arenisca y bloques ortogonales de caliza, que no están traba-

dos con argamasa, sino sólo sobrepuestos los unos a los otros a hueso. Tal muro no fue construido a saga y tizón, sino que se desarrolla mediante la adición de rafas de lajas y bloques, que se hallan escasa o nulamente trabadas entre sí. Esta peculiaridad confiere un carácter arcaico a la estructura y, tal vez, deba servir para ilustrarnos igualmente sobre el aspecto de la cámara propia de la primera fase, a la que ya hemos aludido. Pero la finalidad más característica de aquella primera cámara (Sima I), la de haber sido construida para su posterior incendio, desaparece en la que tratamos ahora.

No en vano, la arenisca que constituye buena parte del material constructivo empleado en su construcción no se descompone por alteración térmica como sí ocurre con la caliza. El empleo combinado de ambas no se produce de forma aleatoria, y cada rafa se halla compuesta exclusivamente por elementos de un sólo material. La arenisca ocupa el fondo de la cámara y la piedra caliza es empleada en los laterales. Curiosamente, el área del túmulo que se encuentra inmediatamente detrás de las rafas construidas en arenisca es, precisamente, donde el empedrado de areniscas fue destruido. Resulta tentador interpretar este detalle como una reutilización de parte del material que formaba el túmulo perteneciente a la primera fase (Sima I), en la construcción de este *tholos* (Sima II). Dicho muro se asienta directamente sobre la costra de cal de la primera fase (Sima I), y carece, por ello, de cimentación. La costra de cal constituye también el suelo de deposición de los primeros enterramientos de esta fase. El vano de acceso a esta cámara funeraria se orientaría hacia el Sureste, y presentaría una anchura en planta de 1'40 m. Sus características, no obstante se vieron notablemente alteradas por la construcción de otra estructura funeraria posterior, vinculada con la reutilización campaniforme del monumento. Si bien el muro que forma el perímetro del *tholos* se halla parcialmente destruido por una zanja de violación, la forma de la planta se sigue con relativa facilidad, siendo ésta de tendencia circular u oval (Rojo, Morán y Kunst 2003: figura 1), con un diámetro y altura de unos 4'40 m. Como en la fase anterior la única solución lógica para la culminación de esta cámara es la falsa cúpula, cerrada por aproximación de hiladas, tal y como parecen confirmar la gran cantidad de lajas y bloques ortogonales presentes en el derrumbe superpuesto al nivel funerario, resultado del derrumbe de la estructura (Fig. 2: 2ª Fase A; Fig. 3).

El *tholos* está abrazado por una estructura tumular de 1'5 m. de potencia máxima, formada por bloques de caliza y arenisca, de cuyo perímetro sólo tenemos conocimiento claro en el sector Norte, ya que no se excavó su sector occidental, y sufrió importantes daños el oriental. Hacia el Sur-Sureste, lugar donde se situaría el acceso a la cámara, parece no haber existido nunca. Este túmulo sirvió, entre otras cosas, como elemento de contrafuerte para aguantar las presiones centrífugas ejercidas por la falsa cúpula. Quizás, el derrumbe del *tholos* se debiera a la destrucción

parcial de ese sector del túmulo como consecuencia de la zanja de violación antes mencionada. Este túmulo aprovechó el construido en la primera fase, recreciéndolo, cubriendo el enlosado de areniscas que lo remataba de forma tan espectacular.

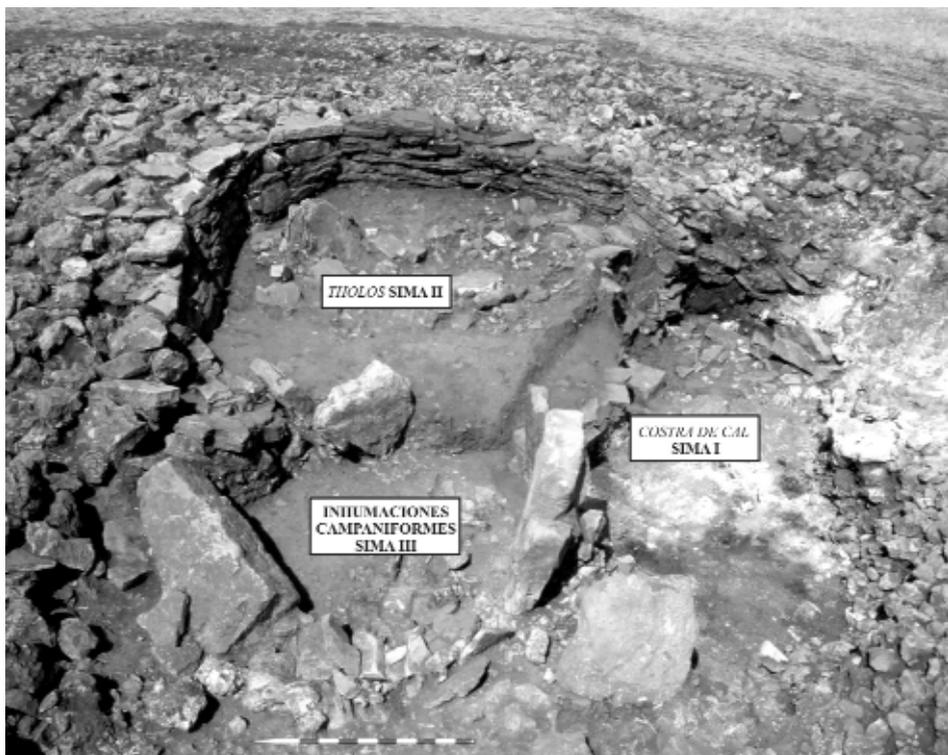


Fig. 3. Vista general del tholos de La Sima, con indicación de los sectores correspondientes a las diferentes fases de la secuencia funeraria.

El contenido de la cámara funeraria consiste en un depósito sedimentario que contiene algunos restos estructurales (dos cistas), restos óseos humanos y elementos propios de los ajueros funerarios. Los restos estructurales son dos cistas geminadas, compuestas por tres lajas de arenisca dispuestas perpendicularmente sobre la costra de cal y contra el muro del tholos, que delimitan dos espacios entre ellas, en cuyo fondo se hallan otras tantas lajas planas a modo de suelo (Fig. 3). El osario se caracteriza por su distribución periférica y por la ausencia de conexiones anatómicas claras. La distribución de los materiales arqueológicos en la cámara es igualmente periférica, aunque no tanto como la del osario, ya que también se hallaron tanto en el centro como en el fondo de la cámara. Se trata de industria lítica de sopor-

te laminar, principalmente, entre la cual destacan una serie de grandes láminas de sílex y un conjunto de microlitos geométricos (trapezoides) de dispersión muy localizada. También se documentaron diversos elementos líticos pulimentados, una amplia serie de cuentas de collar y otros elementos de suspensión en variscita y hueso sobre todo, y, en menor medida, en lignito y olivino. Además, se descubrieron artefactos óseos como punzones y diversos ejemplares de las así llamadas matrices para fabricar anillos (Pascual 1998: 156-158), así como cuatro conchas nacaradas (Rojo, Morán y Kunst 2003: figura 3) (Fig. 4).

Existen diversos indicios que apuntan hacia la existencia de una posible estructura de acceso o pequeño corredor, si bien su aspecto, fuertemente desdibujado por la reutilización de ese sector en época campaniforme, y posteriores alteraciones, no permite afirmarlo rotundamente.

Cuatro fechas de C14 realizadas sobre huesos humanos del osario colectivo datan esta fase en torno a mediados del IV milenio ca BC; KIA21550. 48398±27 BP (3700-3530 cal BC), KIA 21551. 4919±28BP (3770-3640 ca BC), KIA 21552 4862±27 BP (3710-3540 cal BC), KIA 21553. 4865± 23 BP (3705-3635 cal BC).

SIMA III. TERCERA FASE DE UTILIZACIÓN: DEPOSICIONES FUNERARIAS CAMPANIFORMES

Las evidencias campaniformes se concentran claramente en un área aproximadamente rectangular delimitada por bloques pétreos, que tiene un enlosado a base de pequeñas lajas de caliza, quizás procedentes de la alteración del posible pasillo del *tholos* de la segunda fase (Sima II) (Fig. 2: 3ª Fase). Los materiales campaniformes fueron localizados tanto en su posición original, formando parte de los ajuares funerarios de dos inhumaciones, como en posiciones claramente secundarias (fragmentos muy dispersos pertenecientes a un número reducido de recipientes), como resultado de las alteraciones que destruyeron las restantes deposiciones (Fig. 5).

En cuanto a los primeros acompañaban a dos individuos que se depositaron directamente y en paralelo sobre el enlosado antes aludido, en posición semifetal, apoyados sobre el costado izquierdo, y con los brazos cruzados sobre el pecho. La cabeza se orientaba hacia el exterior del túmulo (Sureste). Asociados con el individuo más oriental se hallaron dos recipientes, un vaso campaniforme marítimo lineal de muy curiosa y atípica factura técnica (Fig. 5: IV), dispuesto en el espacio existente entre la cara posterior de los fémures y la de las tibias y peronés, otro vaso campaniforme marítimo clásico (tipo MHV) (Fig. 5: VI), que el difunto abrazaba contra su pecho, y otros elementos situados en sus proximidades: un fragmento de

un botón prismático de perforación en V de hueso (Fig. 5: V), una punta de flecha de sílex de pedúnculo y aletas (Fig. 5: III), y unos fragmentos de leznas de cobre (Fig. 5: VII). Al otro individuo podemos asociar un vaso campaniforme de estilo Marítimo (variedad con líneas intermedias, ILV) (Fig. 5: I), dispuesto en la zona posterior de los fémures (las tibias y lo peronés no se han conservado), un brazal de arquero (Fig. 5: II), y, posiblemente, por su proximidad a la cabeza del difunto, también una tosca cazuelilla con acanaladuras (Fig. 5: IX) y un puñal de lengüeta de cobre (Fig. 5: VIII).

Por otro lado, la disposición de los huesos de las extremidades superiores del individuo más oriental exige, en buena lógica, que la descomposición de los tejidos blandos de éste haya tenido lugar en un ambiente abierto, pero lo suficientemente resguardado como para haber evitado la acción de fauna necrófaga de tamaño suficiente como para haber alterado mucho su disposición. Esto implica que los cuerpos fueron depositados y no enterrados, que el habitáculo conformado por bloques pétreos debió tener una cubierta, y que debió transcurrir el tiempo suficiente como para que la descomposición de los tejidos blandos de este primer individuo fuese completa antes de que se materializara cualquier superposición al mismo.

De hecho, tal superposición tuvo efectivamente lugar, como lo demuestran los restos óseos humanos, y los materiales campaniformes (vaso campaniforme y cuenco lisos, dos puntas de flecha sílex de aletas y pedúnculo, un brazal de arquero, dos puntas de tipo Palmela), que se hallaron en posición claramente secundaria, pero concentrados en un exiguo espacio, adosados a los bloques pétreos que mantienen su ubicación. Ello nos permite pensar que los desplazamientos no debieron ser tan importantes, lo que indicaría la existencia de una segunda deposición funeraria realizada sobre la estructura donde se hallaban las dos primeras. Además, puede desprenderse de la existencia de atisbos de conexión anatómica entre dos huesos largos pertenecientes a una extremidad superior, así como de la ubicación coherente con los restos craneales, y de la posición en que aparecieron las dos puntas tipo Palmela, que las acciones que llevaron al deterioro de este segundo momento campaniforme tuvieron lugar poco después de la materialización de tales enterramientos. Las dos puntas de cobre debieron estar ligadas por algún material perecedero, todavía sin descomponer en el momento de su remoción, puesto que aparecieron perfectamente superpuestas. Del mismo modo, los restos óseos que aparecieron en conexión anatómica, debieron conservar parte de los tejidos blandos que los ligaban cuando fueron desplazados.

Entre la fase más reciente y la más antigua de utilización de esta estructura, se documentó una unidad estratigráfica que contiene igualmente materiales cerámicos campaniformes. Debió tratarse de un hechadizo cuya función fue la de recon-

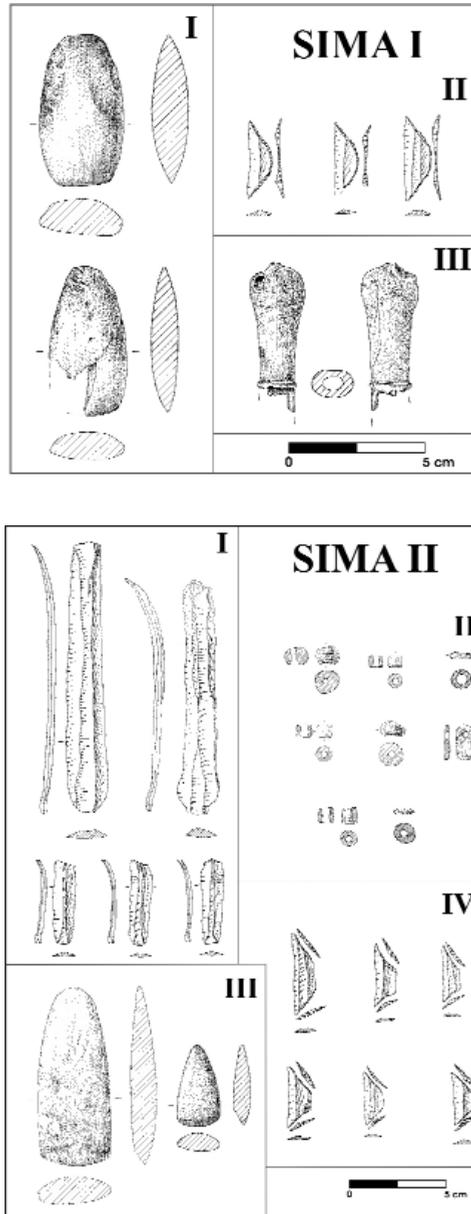


Fig. 4. Materiales arqueológicos representativos de las fases Sima I (I hachas pulimentadas, II microlitos, III fragmento de espátula de hueso) y Sima II (I láminas de sílex, II cuentas de collar de variscita y hueso y colgante de lignito, III hachas pulimentadas, IV microlitos geométricos), del Túmulo de La Sima.

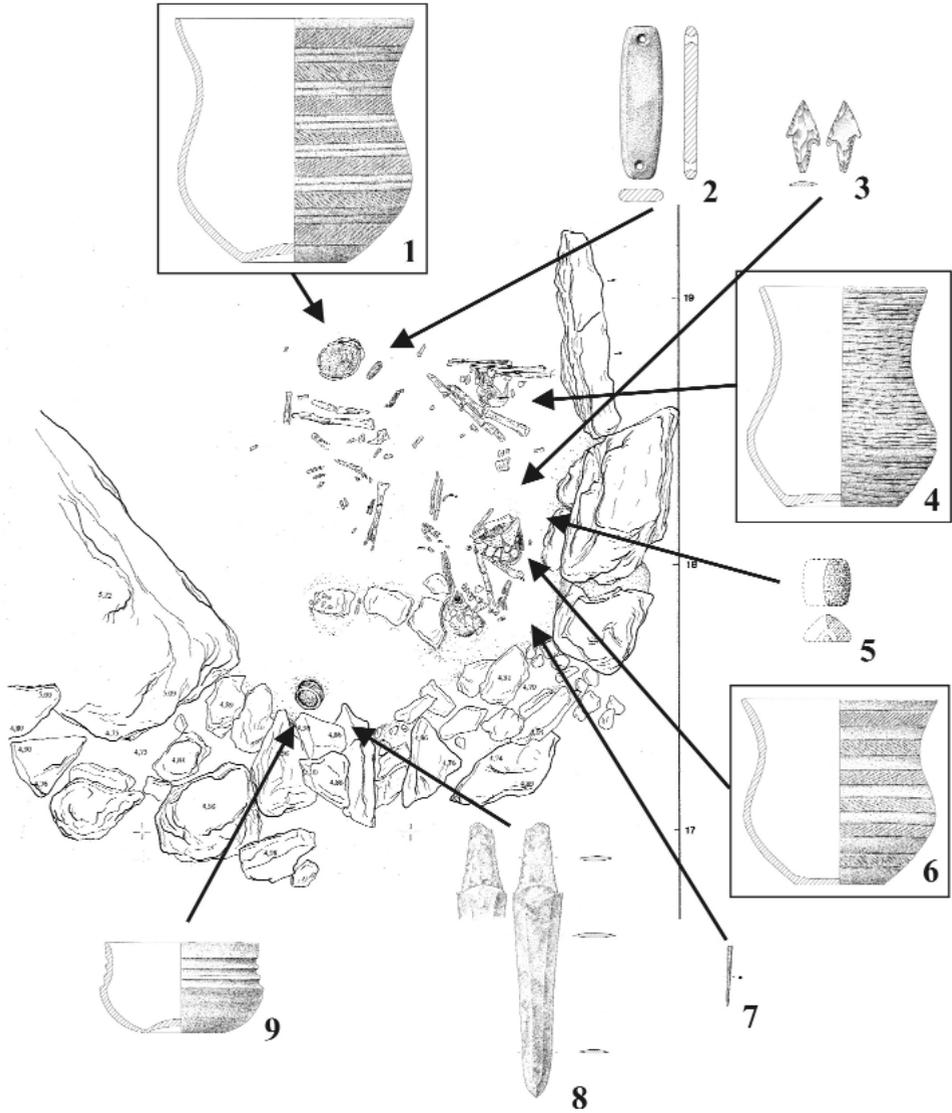


Fig. 5. Tumbas campaniformes del Túmulo de La Sima con sus ajuares funerarios: 1 Vaso campaniforme de Estilo Marítimo (tipo ILM), 2 brazal de arquero, 3 punta de flecha de sílex de pedúnculo y aletas, 4 Vaso campaniforme de Estilo Marítimo con líneas impresas, 5 botón de perforación en V de hueso, 6 vaso campaniforme de Estilo Marítimo (tipo MHV), 7 lezna de cobre, 8 puñal de lengüeta de cobre, 9 cazuelilla con decoración acanalada.

dicionar la superficie para la deposición de nuevos cadáveres con sus correspondientes ajuares. Tal intervención llegó a afectar incluso a los primeros cuerpos que se depositaron directamente sobre el enlosado, lo que provocó pequeños deterioros, como la dispersión de algunos fragmentos de los recipientes prácticamente completos que se documentaron *in situ*, y el desplazamiento de algunos elementos de menor tamaño, como, por ejemplo, el botón de perforación en “v” y el brazal de arquero.

Otro detalle de suma importancia a la hora de reconstruir la historia del monumento es el hecho de que la dispersión de materiales cerámicos, como consecuencia de la alteración de los niveles funerarios campaniformes, alcanza incluso el interior de la cámara del *tholos* de la segunda fase de utilización de la tumba monumental, señal inequívoca de que tal estructura aún no se había derrumbado cuando se produjeron estas alteraciones.

Se obtuvieron dos fechas de C14 de los restos humanos correspondientes a las dos tumbas campaniformes intactas antes mencionadas, que proporcionaron resultados muy semejantes: KIA17999. 3860±30 BP (2458-2274 cal BC) y 3862±28 BP (2459-2276 cal BC). Finalmente el análisis realizado por el Dr. D. Jordi Juan-Treserras del interior de los recipientes campaniformes hallados en esta tumba proporcionó claros indicios de que, al menos tres de ellos, contuvieron una forma primitiva de cerveza, hecha a base de trigo, confirmando así una vieja teoría ya propuesta en su día por Childe, y más recientemente desarrollada por Sherratt (Garrido 2000: 3, 19-20; Garrido y Muñoz 2000).

En suma, toda esta compleja estratigrafía refleja la utilización de un mismo sitio como lugar de enterramiento, a lo largo de unos dos mil años. Este hecho con ser excepcional no es, en modo alguno, único en la Prehistoria europea, donde se constatan diversos ejemplos de reutilización y remodelación de monumentos megalíticos (Delibes y Rojo 2002: 26), como en Le Petit Mont, Bretaña, donde se constata una evolución desde un túmulo simple a otro complejo, que acaba albergando varias tumbas de corredor (Lecornec 1994), en distintos casos británicos (Bradley 1983: 16-17), en Dombate, donde un sepulcro de corredor se superpone a un cistoi-de previo (Bello 1994), o como en ciertas tumbas portuguesas (Farisoa, Comenda da Igreja), cuyos túmulos inicialmente concebidos como antas o dólmenes terminaron siendo *tholoi* calcolíticos (Leisner 1951: 37-38), tal como se ha documentado recientemente también en el anta 2 del Olival da Pega (Goncalvez 1999: 90-99).

Pero esta continuidad en la utilización de un mismo espacio no implica necesariamente la perduración de la misma ideología, ni de la misma estructura social y económica que lo originó y sostuvo. De hecho, el análisis detallado de la secuencia funeraria de La Sima, indica todo lo contrario. Así, en la primera fase (Sima I), situa-

da en momentos de plenitud del Neolítico meseteño (c. 4000 cal AC.), el ritual funerario es el propio de uno de tantos panteones colectivos (en fosa, cueva, megalíticos, etc.), que caracterizan esta etapa de la Prehistoria peninsular y europea. En ellos tanto el uso del mismo espacio para sucesivas deposiciones a lo largo del tiempo, como diversos rituales secundarios, consistentes en la desarticulación del cuerpo, parecen tener como objetivo disolver al individuo en el grupo, poniendo el énfasis no en cada cuerpo o persona concreta, sino en la comunidad que forman los vivos y los muertos.

En este caso, además, el complejo ritual de la cal aporta claros matices simbólicos en esta línea, pues funde en una masa informe los restos humanos, los ajuares y la propia estructura física de la tumba. Así, parece que mientras se disolvía el nivel funerario entre el magma de la cal lo hacía también la personalidad de cada muerto, dando lugar a un todo informe, la representación simbólica del grupo en el territorio mitológico de los antepasados.

Este énfasis en lo colectivo delataría la incipiente gestación de tensiones sociales, como consecuencia de las profundas transformaciones económicas de un Neolítico ya maduro. Un probable indicador arqueológico de ello en el registro funerario podría ser la aparición de estructuras de individualización dentro del osario, en forma de cistas sobre todo, como las documentadas en La Peña de La Abuela y en La Sima II. En el primer caso se trata de lo que denominamos el “área noble”, donde algunos enterramientos aparecen claramente segregados del resto, al depositarse en cistas, y encima de, o a veces bajo ciertas planchas de caliza, y donde los ajuares funerarios son también más abundantes (Rojo, Kunst y Palomino 2002: 31). Tales estructuras parecen querer dar salida de forma simbólica a las incipientes tendencias disgregadoras antes apuntadas. Otro posible indicador de estas tensiones sociales, testimonio de la progresiva disolución de la estructura ritual comunal neolítica, podría ser la inclusión de algunos de estos grupos en circuitos de intercambios de elementos de prestigio y alto valor simbólico a nivel peninsular. Así, del estudio aún en curso de las cuentas de collar de tipo *Dentalium* halladas entre los ajuares funerarios de La Peña de La Abuela, se desprende que varias de ellas proceden con seguridad del Mediterráneo.

Pero, aún en esta etapa lo que triunfa finalmente es de nuevo el mensaje colectivo, ya que la tumba se quema, convirtiéndose en un todo homogéneo y unitario al fin (Fig. 2: 1ª Fase). Una intención similar es la que debió motivar la destrucción ritual de otra pequeña tumba colectiva neolítica recientemente excavada en Ambrona, el túmulo de La Tarayuela (véase García y Morán, 2005), con fechas radiocarbónicas muy semejantes a las de La Peña de La Abuela y La Sima I. En este caso parece que fue destruido y clausurado ritualmente mediante el fuego, pero sin

llegar a producir cal en grandes cantidades, lo que indica que no fue muy intenso. Pero la ausencia de testimonios de su estructura, de la que sólo quedan piedras quemadas amontonadas en desorden, y maderas carbonizadas, sobre un osario colectivo donde se constataban muchas conexiones anatómicas y huesos lábiles, sugieren que se debió producir una destrucción voluntaria y sistemática de la tumba, que fue posteriormente cubierta con un túmulo que monumentalizaría y realzaría ese todo simbólico y unitario.

En una fase cronológica más avanzada, a finales del Neolítico, este proceso parece intensificarse, como puede apreciarse en Sima II. De nuevo aparecen cistas, presumiblemente empleadas para segregar los cuerpos de determinados individuos de alta relevancia social y económica dentro del grupo. Siguen documentándose ajuares de prestigio y lejana procedencia, probablemente obtenidos y manipulados en sus estrategias por parte de estos individuos (p.e. cuentas de collar de variscita). En este caso, además, la tumba ya no se quema, por lo que no se logra ya ese todo unitario y homogéneo que proporcionaba la destrucción ritual del sepulcro (Fig. 2: 2ª Fase). Parece que las aspiraciones de estos primeros líderes empezaban a abrirse camino. De hecho, el desarrollo de un proceso de creciente diferenciación social parece detectarse también en otras regiones meseteñas, como por ejemplo en La Lora burgalesa, donde parece documentarse una creciente complejidad constructiva en la secuencia cronológica de evolución de los tipos de monumentos (Delibes y Rojo 2002).

Finalmente, ya en pleno Calcolítico (fase campaniforme o Sima III) el proceso parece cuajar de forma mucho más clara. En este momento se reutiliza el monumento, pero remodelándolo para adaptarlo a las nuevas necesidades rituales de un contexto social y económico distinto. Por ello, pudiendo utilizar la cámara del tholos, aún en pie y accesible entonces, se construye una estructura diferente en la entrada, que destruye el corredor de acceso. Creemos que ello no es casual, ya que podrían haber escogido cualquier otra parte del túmulo para depositar sus muertos. Al levantar esa tumba allí podrían estar monopolizando de forma simbólica y física el acceso a la cámara, a los antepasados, en suma al pasado mítico en el que pretendían sostener su posición aún débil (Fig. 2: 3ª Fase).

En esa estructura los cuerpos se depositan de una vez para siempre, sin ser objeto de manipulaciones rituales. Eso sí, algunos de ellos fueron destruidos por ulteriores remociones efectuadas para depositar nuevos enterramientos, o en época muy posterior por determinadas violaciones. Pero los dos primeros que se introdujeron en esta estructura se han conservado prácticamente intactos, con sus ricos ajuares funerarios campaniformes como medida de su prestigio personal, ya sea pretendido o real.

En suma, la compleja e interesantísima secuencia funeraria del Túmulo de La Sima supone un testimonio excepcional que muestra cómo se pudo emplear un mismo espacio como sepulcro a lo largo de los milenios. Pero en el curso de tan dilatado periodo temporal se desarrollaron profundas transformaciones sociales y económicas en los grupos humanos que lo utilizaron, que fueron dejando sus huellas en este singular monumento, referencia permanente y lugar sagrado para las gentes que habitaron el valle de Ambrona durante la Prehistoria reciente.

Bibliografía

- ALEGRE FRANDOVÍNEZ, I. (2005): "La industria geométrica en el Valle de Ambrona, Soria: materias primas, tecnología y tipología". En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander, 2003*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 233-245.
- ALEKSHIN, V.A. (1983): Burial Customs as an Archaeological Source. *Current Anthropology*, 24(2), 137-149.
- ANDRÉS RUPÉREZ, M.T. (1998): *Colectivismo funerario neoeolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro*. Zaragoza. Institución "Fernando el Católico". Excm. Diputación de Zaragoza.
- _____ (2000): "El espacio funerario dolménico: abandono y clausura". *Saldvie*, I, 59-76.
- APELLÁNIZ, J.M.; LLANOS, A. y FARIÑA, J. (1968): "Excavación del dolmen de Las Campas de la Choza (Orduña – Vizcaya)". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3, 35-43.
- ARMENDÁRIZ, A. y ETXEBERRIA, F. (1983): "Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa". *Munibe*, 35, 247-354.
- BARRETT, J. (1988): "The Living, the Dead and the Ancestors: Neolithic and Early Bronze Age Mortuary Practices". En J.C. Barrett y I.A. Kinnes (eds.): *The Archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age: Recent Trends*. Department of Archaeology and Prehistory, University of Sheffield, Sheffield, 30-41.
- _____ (1991): "Towards an Archaeology of Ritual". En P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.): *Sacred and Profane. Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion (Oxford, 1989)*. Oxford, Oxford University Committee for Archaeology, Monograph nº 32, 1-9.
- BELLO DIÉGUEZ, J.M. (1994): "Grabados, pinturas e ídolos en Dombate (Cabañas, Coruña). ¿Grupo de Viseu o Grupo noroccidental? Aspectos taxonómicos y cronológicos". *Actas do Seminario O Megalitismo no Centro de Portugal, Estudos Pre-históricos*, II, 287-305.
- BERREMAN, G.D. (1981): "Social Inequality: A Cross-Cultural Analysis". En G. Berreman (ed): *Social Inequality. Comparative and Developmental Approaches*. New York, Academic Press, 3-40.

- BINFORD, L.R. (1971): "Mortuary practices: their study and potential". En J.A. Brown (ed.): *Approaches to the social dimensions of mortuary practices*. New York: Memoirs of the Society for American Archaeology, 25, 6-29.
- BLOCH, M. y PARRY, J. (eds.) (1982): *Death and the Regeneration of Life*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BRADLEY, R. (1983): "The bank barrows and related monuments of Dorset in the light of recent fieldwork". *Proceedings of the Dorset Natural History and Archaeological Society*, 105, 15-20.
- _____. (1993): *Altering the Earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*. The Rhind Lectures 1991-1992. Edinburgh, Society of Antiquaries of Scotland Monograph Series number 8.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. de y BARROSO, R. (2000): "Valle de las Higueras (Huecas, Toledo, España). Una necrópolis Ciempozuelos con cuevas artificiales al interior de la Península". *Estudios Pré-Históricos*, VIII, 49-80.
- CLARKE, D. (1976): "The Beaker network-social and economic models". En J.N. Lanting y J.D. van der Waals (comps.): *Glockenbecher Symposium, Oberried, 1974*. Fibula-van Dishoeck, Bussum/Haarlem, 459-477.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El Sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*. Barcelona, Crítica.
- CHAPMAN, R.W.; KINNES, I. y RANDBORG, K. (1981): *The Archaeology of Death*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CRIADO BOADO, F. (1989): "Megalitos, espacio y pensamiento". *Trabajos de Prehistoria*, 46, 75-98.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1995): "Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta norte". En R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds): *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*. Xinz de Limia, Excmo. Concello (Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3), 63-94.
- DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVÁN, R. (1986): "El Miradero: un enterramiento colectivo tardo-neolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)". *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán*. Zaragoza, 227-236.
- DELIBES, G.; BENET, N.; MARTÍN, R. y ZAPATERO, P. (1997): "De la tumba dolménica como referente territorial al poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida de las comunidades megalíticas de la Submeseta Norte". En A. Rodríguez Casal (ed.): *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional de Santiago de Compostela, 1996*. Santiago de Compostela, 779-809.
- DELIBES, G. y ETXEBERRIA, F. (2002): "Fuego y cal en el sepulcro colectivo de El Miradero (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?". En M. A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.): *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*. Valladolid, Studia Archaeologica, 91, 39-58.
- DELIBES, G.; HERRÁN, J.I.; DE SANTIAGO, J. y DEL VAL, J. (1995): "Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta". En K.T. Lillios (ed.): *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*. Michigan, Ann Arbor, 44-63.
- DELIBES, G. y PAZ, F. de. (1999): "Ídolo-espátula sobre radio humano en el ajuar de un sepulcro megalítico de La Meseta". *SPAL*, 9, 341-349.

- DELIBES, G.; ROJO, M. y SANZ, C. (1986): "Dólmenes de Sedano. II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, 9-39.
- DELIBES, G. y ROJO, M. (2002): "Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en la Lora burgalesa". *Archivo Español de Arqueología*, 75 (185-186), 21-35.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M. (1987): "Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campaniforme en la Meseta Superior Española". En W. Waldren y R. C. Kennard (eds.): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference, 1986*. Oxford, *British Archaeological Reports*, 331(i), 173-206.
- EARLE, T. (1991): "The Evolution of Chiefdoms". En T. Earle (ed.): *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*. Cambridge. Cambridge University Press, 1-15.
- GARCÍA, I. y MORÁN, G. (2005): "Pirita en contextos funerarios neolíticos. Reflexiones a partir del hallazgo de La Tarayuela, Ambrona, Soria". En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander, 2003*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 691-695.
- GARRIDO PENA, R. (1995): "El campaniforme en la meseta sur", *Complutum*, 6, 123-151.
- _____ (1997): "Bell Beakers in the Southern Meseta of the Iberian Peninsula: socioeconomic context and new data". *Oxford Journal of Archaeology*, 16(2), 187-209.
- _____ (2000): *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 A.C.)*. Oxford: B.A.R. (International Series), 892.
- GARRIDO, R. y MUÑOZ, K. (2000): "Visiones sagradas para los líderes". *Complutum*, 11, 285-300.
- GONCALVEZ, V. dos S. (1999): *Reguengos de Monsaraz. Territorios megalíticos*. Lisboa. Cámara Municipal de Reguengos de Monsaraz.
- HAYDEN, B. (1995): "Pathways to Power. Principles for Creating Socioeconomic Inequalities". En T.D. Price y G. M. Feinman (eds.): *Foundations of Social Inequality*. New York: Plenum Press, 15-86.
- HURTADO PÉREZ, V. (1995): "Interpretación sobre la dinámica cultural en la cuenca media del Guadiana (IV-II milenios A.N.E.)". *Homenaje a la Dra. D^a Milagros Gil-Masarell Boscá, Extremadura Arqueológica* V, 53-80.
- JONES, A. (1999): "Local colour: megalithic architecture and colour symbolism in Neolithic Arran". *Oxford Journal of Archaeology*, 18(4), 339-350.
- KUIJT, I. (1996): "Negotiating Equality through Ritual: A Consideration of Late Natufian and Prepottery Neolithic A Period Mortuary Practices". *Journal of Anthropological Archaeology*, 15, 313-336.
- LECORNEC, J. (1994): *Le Petit-Mont, Arzon-Morbihan*. Rennes: Documents Archaeologiques de L'Ouest.
- LEISNER, G. y V. (1951): *Antas do Concelho de Reguengos de Monsaraz. Materiais para o estudo da cultura megalítica em Portugal*. Lisboa.
- LÓPEZ, C. e ILARRAZA, J.A. (1997): "Condenaciones y remodelaciones. Una respuesta a las estratigrafías de los sepulcros megalíticos de Cameros". *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora. Tomo II: Neolítico, Calcolítico y Bronce*, 309-321.
- LULL, V. (1983): *La Cultura de El Argar*. Madrid. Editorial Akal.

- MOHEN, J.P. (1980): "Aux prises avec des pierres de plusieurs dizaines de tonnes". *Dossiers de l'archéologie* ("Revivre la préhistoire").
- MORÁN DAUCHEZ, G. (2005): "Tumbas monumentales en el paisaje del Valle de Ambrona, Soria". En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander, 2003*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 413-423.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. (1991-1992): "La Solana del Castillo de Alange: una propuesta de secuencia cultural de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana". *Norba*, 11-12, 75-98.
- PAYNTER, R. (1989): "The Archaeology of Equality and Inequality". *Annual Review of Anthropology*, 18, 369-399.
- REILLY, S. (2003): "Processing the Dead in Neolithic Orkney". *Oxford Journal of Archaeology* 22(2), 133-154.
- RENFREW, C. (1973a): *Before civilization: the radiocarbon revolution and Prehistoric Europe*. Harmondsworth. Penguin.
- _____ (1973b): "Monuments, mobilisation and social organisation in Neolithic Wessex". En C. Renfrew (ed.): *The explanation of cultural change*. London, Duckworth, 539-558.
- _____ (1984): "Megaliths, Territories and Populations". En C. Renfrew (ed.): *Approaches to Social Archaeology*. Harvard University Press, 165-199.
- ROJAS, J.M. Y MORALEDA, A. (1987a): "Introducción al estudio de los hornos de cal (caleras) en la provincia de Toledo". *Actas III Jornadas de Etnología de Castilla La Mancha. Guadalajara, 1985*. Ciudad Real.
- _____ (1987b): "Aspectos socioeconómicos de la elaboración de la cal en la provincia de Toledo". *Actas IV Jornadas de Etnología de Castilla La Mancha. Albacete, 1986*. Ciudad Real.
- ROJO GUERRA, M.A. (1999): "Proyecto de arqueología experimental. Construcción e incendio de una tumba monumental neolítica a partir de los datos obtenidos en la excavación de La Peña de La Abuela". *Boletín de Arqueología Experimental*, 3, 5-11.
- ROJO, M.A.; GARCÍA, I.; GARRIDO, R.; MORÁN, G. y KUNST, M. (2005): "El color como instrumento simbólico en el megalitismo del Valle de Ambrona, Soria, España". En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica, Santander, 2003*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 681-689.
- ROJO, M. y KUNST, M. (1999a): "La Peña de La Abuela. Un enterramiento monumental neolítico sellado por la acción del fuego". *Revista de Arqueología*, 220, 12-19.
- ROJO, M.A.; KUNST, M. y PALOMINO, A.L. (2002): "El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte". En M. A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.): *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*. Valladolid, Studia Archaeologica 91, 21-38.
- ROJO, M.A.; MORÁN, G. y KUNST, M. (2003): "Un défi à L'Éternité: genèse et réutilisations du tumulus de La Sima (Miño de Medinaceli, Soria, Espagne)". *Sens dessus dessous. La recherche en Préhistoire. Recueil d'études offert à Jean Leclerc et Claude Masset. Revue Archéologique de Picardie*, N° Spécial 21, 173-184.

- RUIZ, G. y CHAPA, T. (1990): "La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico-metodológicas". *II Simposio sobre los Celtíberos. Las necrópolis celtibéricas*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 357-373.
- SAXE, A.A. (1970): *Social dimensions of mortuary practice*. Doctoral thesis. Ann Arbor, Michigan University Microfilms.
- SHANKS, M. y TILLEY, C. (1982): "Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of neolithic mortuary practices". En I. Hodder (ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press, 129-154.
- _____ (1987): *Social Theory and Archaeology*. Cambridge. Polity Press.
- SHENNAN, S. (1982): "Ideology, change and the European Early Bronze Age". En I. Hodder (ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, 155-161.
- SHERRATT, A. (1981): "Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution". En I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.): *Pattern of the past. Studies in Honour of David Clarke*. Cambridge, Cambridge University Press: 261-305.
- SPENCER, Ch. S. (1993): "Human Agency, Biased Transmission, and the Cultural Evolution of Chiefly Authority". *Journal of Anthropological Archaeology*, 12, 41-74.
- TAINTER, J. (1978): "Mortuary practices and the study of prehistoric social systems". En M.B. Schiffer (ed.): *Advances in Archaeological Method and Theory* 1. London, Academic Press, 105-141.
- THOMAS, J. (1991a): *Rethinking the Neolithic*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1991b): "Reading the Body: Beaker Funerary Practice in Britain". En P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.): *Sacred and Profane. Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion (Oxford, 1989)*. Oxford, Oxford University Committee for Archaeology, Monograph nº 32, 33-42.
- _____ (2000): "Death, Identity and the Body in Neolithic Britain", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 6, 653-668.
- THORPE, I.J. y RICHARDS, C.C. (1984): "The Decline of Ritual Authority and the introduction of Beakers into Britain". En R. Bradley y J. Gardiner (eds.): *Neolithic Studies. A Review of Some Current Research. British Archaeological Reports* 133(1), 67-84.
- TILLEY, C. (1996): *An Ethnography of the Neolithic. Early Prehistoric Societies in Southern Scandinavia*. Cambridge. Cambridge University Press.
- VICENT GARCÍA, M. (1995): "Problemas teóricos de la arqueología de la muerte. Una introducción". En R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.): *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*. Xinzo de Limia, Excmo. Concello (Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3), 13-31.
- ZAMMIT, J. (1991): "L'émergence des sépultures collectives du Néolithique français: Réflexions et Hypothèses". *L'Anthropologie*, 95(1), 237-256.